

## El significado del juicio

Extractos del taller celebrado en la  
*Fundación para Un curso de milagros*  
Roscoe NY

*Kenneth Wapnick, Ph.D.*

### Parte V

#### «La visión de la impecabilidad» (T-20.VIII)

Ahora pasaremos al párrafo 7 de «La visión de la impecabilidad» (T-20.VIII).

**(7:1) Los juicios no son sino juguetes, caprichos, instrumentos insensatos para jugar al juego fútil de la muerte en tu imaginación.**

Todo este mundo es parte de nuestra imaginación. No tiene fundamento en la realidad. Tengamos en cuenta que cuando emitimos el juicio original, pensamos que era cualquier cosa menos un juguete. Creímos que era muy serio. Fue un juicio que decía que nos volvimos en contra de Dios y le robamos, que destruimos a Dios, a Cristo y a la Unidad del Cielo. ¡Eso no parece un juguete! Estamos diciendo que nuestra mente es extremadamente poderosa. Mira lo que logró: lo imposible. Ese es el juicio original y se expresa una y otra vez en todo lo que transcurre en el mundo, sin excepción. Todo parece tan pesado, tan importante, tan real, tan valioso, tan perverso y destructivo y maravilloso, etc. Y todo procede del juicio original: le hice algo terrible a Dios. Y el otro lado es: «Pero ¿no es maravilloso? Ahora tengo mi propia individualidad; soy único y soy importante». Por supuesto que le robé todo eso a Dios, lo que significa que oculto bajo esa sensación de asombro y dicha está el terror. No obstante, la verdad es que todo es un juguete. No pasó nada. Tan solo *pensé* que le había robado algo a Dios. Tan solo *pensé* que lo había destruido. Tan solo *pensé* que había destruido a Jesús en la cruz. No sucedió nada. Todo fue pura invención.

**(7:2) La visión, en cambio, enmienda todas las cosas y las pone dulcemente bajo el tierno dominio de las leyes del Cielo.**

La visión ocurre cuando, acompañados de Jesús, miramos todos nuestros juicios terribles: los terribles juicios que emito sobre ti y los que emito sobre mí mismo, pues son un mismo juicio. Los miro con Jesús y digo: «Esto no es más que un juguete. No afecta el Amor de Cristo en ti ni en mí. No tiene ningún efecto sobre el amor de Jesús por mí». En otras palabras, no sucedió nada. Eso nos dice la visión.

**(7:3-4) ¿Qué pasaría si reconocieras que este mundo es tan solo una alucinación? ¿O si realmente entendieras que fuiste tú quien lo inventó?**

Estas palabras de Jesús deben entenderse de forma muy literal. Desde un punto de vista clínico, alucinar se refiere a ver, oír u oler algo que no está ahí. Jesús nos dice que el mundo entero es una alucinación; literalmente estamos viendo algo que no está ahí. El mundo es simplemente una proyección de un pensamiento en nuestra mente, que a su vez no está ahí. El mundo que percibimos y experimentamos es un mundo de separación, diferencias y juicio. Puesto que *las ideas no abandonan su fuente* en la mente, el mundo simplemente refleja el pensamiento de juicio, la percepción de diferencias en la mente. Pero ese pensamiento tampoco existe, porque en verdad nunca abandonamos la casa del Padre.

**(7:5-7) ¿Y qué pasaría si te dieras cuenta de que los que parecen deambular por él [el mundo], para pecar y morir, atacar, asesinar y destruirse a sí mismos, son totalmente irreales? ¿Podrías tener fe en lo que ves, si aceptaras esto? ¿Y lo verías?**

La respuesta por supuesto es que tenemos miedo de darnos cuenta de que este mundo es una alucinación, que es pura invención. Por lo tanto, no lo vemos de esa manera. Nos da miedo ver que es pura invención porque entonces el mundo aparentemente externo pierde todo valor como defensa. Si creo que el mundo es real, no tengo que mirar a mi mente. Si me doy cuenta de que el mundo es invención, entiendo que lo que estoy percibiendo afuera es una proyección de lo que está dentro de mi mente. Eso significa que debo mirar este terrible pensamiento de juicio que está dentro. Y eso no lo quiero hacer.

**(8:1-2) Las alucinaciones desaparecen cuando se reconocen como lo que son. Esa es la cura y el remedio.**

Este es realmente el quid del segundo paso del juicio y me gustaría dedicar unos minutos a comentarlo. Si reconozco que lo que percibo es pura invención pierde su valor como defensa, lo que significa que desaparece porque ya no lo necesito. La única razón de que el mundo siga existiendo para nosotros es la necesidad de que nos proteja de la culpabilidad del juicio original. Ese es el propósito del mundo. Si ahora me doy cuenta de que no hay mundo ahí fuera y que todo lo que estoy viendo es pura invención, he refutado el mito de la defensa, lo que significa que la defensa desaparece.

Así que «las alucinaciones desaparecen cuando se reconocen como lo que son». En otras palabras, tengo que mirarlas. Siempre volvemos a esto. Miro el hecho de que me estoy enojando, de que me estoy poniendo ansioso, de que estoy furioso, de que tengo un dolor insoportable, de que estoy en éxtasis, de que ansío con ganas la llegada de cierto acontecimiento maravilloso. No importa si es positivo o negativo; si tengo ganas de que algo suceda porque creo que me producirá placer, o si me da pavor algo que creo que me producirá dolor. Tan solo tengo que darme cuenta de que lo estoy inventando. No tengo que dejar de creer en ello ni dejar de temerlo ni dejar de emocionarme por ello. Simplemente tengo que saber lo que he hecho. Eso es lo único que se nos pide: «estar algo dispuestos». No se nos pide que soltemos el asunto por completo —estamos demasiado aterrorizados.

Es por eso que en el Curso con muy pocas excepciones (por ejemplo, T-5.II.3:10; M-17.8:4), Jesús nos pide que estemos algo dispuestos, es decir dispuestos a comenzar el proceso de dar un paso atrás y mirar, lo que automáticamente significa dar un paso atrás con Jesús; el ego nunca nos permitiría mirar al ego mismo sin juicio. Si estoy mirando a mi ego sin juicio, debo estar mirando con Jesús, lo que significa que miro a mi ego y digo: «Esto es lo que estoy haciendo. Me estoy resistiendo tercamente. Me estoy aferrando a esto porque el Amor de Dios me da miedo. Preferiría mucho más asesinarte a ti que dejarme asesinar por Dios. Preferiría darme gusto con todo mi especialismo que tener la paz de Dios». Al menos sé que eso es lo que estoy haciendo. No tengo que cambiarlo, porque si siento que tengo que cambiarlo, lo he hecho real. Si alguna vez crees que Jesús (o el Espíritu Santo) te está obligando a hacer algo, entonces no es Jesús. Es el Jesús de tu ego. Jesús nunca te obligaría a hacer nada porque sabe que no hay nada que deba hacerse. Todo lo que él hace, por su misma presencia en nuestras mentes, es recordarnos apaciblemente que podríamos mirar de manera diferente lo que está pasando. No *tenemos* que mirarlo de otra manera; tan solo reconocer que hay otra forma de mirar. Es posible que no elijamos hacerlo de inmediato, pero reconocer que hay otro modo es la sanación y el remedio.

**(8:3) No creas en ellas [las alucinaciones], y desaparecen.**

Este es un proceso. Puede que intelectualmente crea que estas son alucinaciones, pero una parte de mí aún se aferra a ellas. Así que miro eso y me doy cuenta de que entiendo que todo esto es pura invención. Entiendo que nunca estoy molesto por la razón que creo. Sin embargo, todavía quiero aferrarme a este especialismo, a este agravio, a esta depresión y al dolor, porque más miedo me da lo que estos ocultan: el Amor y la paz de Dios. Eso es lo que me da miedo, pero al menos ahora lo sé.

He aquí la siguiente línea muy importante:

**(8:4) Lo único que necesitas reconocer es que *tú* hiciste esto.**

Jesús no dice que lo único que necesitas hacer es renunciar a esto, o cambiarlo, o combatirlo, o luchar contra ello. Dice: «Lo único que necesitas reconocer es que *tú* hiciste esto».

**(8:5-6) Una vez que aceptas este simple hecho y recuperas el poder que les habías otorgado, te liberas de ellas. Pero de esto no hay duda: las alucinaciones tienen un propósito, mas cuando dejan de tenerlo, desaparecen.**

El propósito de las alucinaciones es protegerme del Amor de Dios. Pero si puedo comenzar a saber que el amor de Jesús está plenamente presente dentro de mí, a pesar de que todavía le tengo miedo, y que mi único problema es que sigo rechazándolo, entonces ya no necesito una defensa contra esto. Ya no tengo que creer que el problema es externo a mí, porque ahora sé que el problema es interno. Tal vez todavía me dé miedo la solución. Tal vez todavía me dé miedo el amor, pero ahora al menos entiendo a qué le tengo miedo. No te tengo miedo

a ti. No tengo miedo de envejecer y morir. No tengo miedo de no tener suficiente dinero. No tengo miedo de contraer el SIDA. No tengo miedo de que estalle otra guerra. No tengo miedo de una recesión. Tengo miedo del Amor de Dios, y no le pongo otro nombre a mi miedo. Ahora sé lo que es. Puede que aún decida mantener alejado a Jesús, pero al menos ahora sé lo que estoy haciendo.

**(8:7) La pregunta, por lo tanto, no es nunca si las deseas o no, sino si deseas el propósito que apoyan.**

Esto es extremadamente importante. El problema nunca son todos los ídolos, todas las formas que adopta la alucinación. El problema es que deseo el propósito que apoyan. Quiero mantener alejado de mí el Amor de Dios. A eso le tengo miedo porque en presencia del Amor de Dios desapareceré como un individuo separado. De nuevo, no desaparecemos de golpe: «No temas que se te vaya a elevar y arrojar abruptamente a la realidad» (T-16.VI.8:1). Antes de que yo desaparezca del todo, lo que desaparece es mi ansiedad, mi culpa, mi depresión, mi dolor, etc., todas las cosas negativas que estoy sintiendo. Y lo que ocupa su lugar es el Amor y la paz de Dios, que experimento dentro del yo separado que creo ser. Pero ahora al menos conozco la diferencia entre la realidad y la ilusión. Eso significa que empiezo a madurar. Ya no estoy en pañales.

En eso consiste este paso del proceso: simplemente entiendo el verdadero problema y lo llamo por su debido nombre. El problema no es nada externo. Su debido nombre es mi miedo al Amor de Dios. Ahora soy consciente de cómo he utilizado el mundo y a todas las personas en mi mundo personal, así como todo mi especialismo, para resistir y defenderme de este Amor. Si puedo comenzar a mirar con Jesús a mi lado lo que he estado haciendo, empiezo a entender que el amor no me condena ni me castiga. Si puedo comenzar a tener la experiencia de mirar cuán odioso he sido para con Jesús y, por lo tanto, con todos los demás, y si puedo mirar eso con el amor de él a mi lado —un amor que no me juzga por el odio—, puede que comience a entender que «los juicios no son sino juguetes, caprichos». No son la realidad. Por eso es importante mirar con Jesús o con el Espíritu Santo.

**(8:8-10) Este mundo parece tener muchos propósitos, todos ellos diferentes entre sí y con diferentes valores. Sin embargo, son todos el mismo. Una vez más, no hay grados, sino solo una aparente jerarquía de valores.**

Todo en el mundo tiene el único propósito de servir para mantener alejado el Amor de Dios; en eso no hay grados.